

QUINTO DOMINGO DE CUARESMA

JUAN 8,1-11 (LA MUJER ADÚLTERA)



- ¿Cuál es mi actitud frente a los errores de los demás?
- ¿Me dejo inundar por la misericordia de Dios?

COGER

La acogida incondicional de Jesús abre nuestro corazón hacia una nueva comprensión de la realidad. La acogida de Jesús no es con juicio, sino con misericordia. Con esta actitud tan radical, Jesús no deja de lado la carga del pecado, pero intenta romperlo desde el amor. Su actitud nos hace recapacitar y nos invita a no pecar más, pero no desde el miedo sino desde la cercanía. Jesús, que conoce nuestro corazón, nos hace darnos cuenta de la maldad del pecado, y con su acogida nos ayuda a volver al camino del bien y la felicidad.

QUINTO DOMINGO DE CUARESMA

EXPLICACIÓN DEL DIBUJO

MUJER ADÚLTERA

Se encuentra a los pies de Jesús, invadida por el miedo a ser apedreada. Es consciente de que la ley lo manda, pero quiere seguir aferrada a la vida. Sabía que lo había hecho mal, pero se sentía aún peor al ser humillada mediante el escarnio público que le estaban haciendo sus jueces. No sabemos realmente qué ocurrió después, dejando abierta la puerta al lector del evangelio que se identifica con ella.

JESÚS

Su aparente indiferencia oculta probablemente su malestar ante la escasa compasión de sus oponentes. No responde a la pregunta que le hacen, sino que cambia la atención de la mujer a los acusadores. En el fondo no es que Jesús esté admitiendo el pecado, sino que rechaza la mirada acusadora de aquellos que se creen por encima del bien y del mal cuando realmente pecan de la misma manera. Su invitación a la mujer es a cambiar radicalmente su vida, a abandonar el pecado y ser feliz.

ESCRIBAS Y FARISEOS

Estos fieles cumplidores de la ley, ante la interpelación de Jesús, sienten el peso de sus conciencias. Quizás los años han hecho que se den cuenta de sus propios pecados, escondidos en máscaras de mentira. Al ser desenmascarados por Jesús no tienen más remedio que huir de nuevo de la verdad.

PIEDRAS

Son el símbolo de la crueldad con que a veces juzgamos a los demás, sin darnos cuenta de que realmente atacamos a los demás con el propio peso de nuestros pecados y nuestros miedos. Son los restos del muro de nuestra propia hipocresía que cae ante la verdad de Jesús que nos interpela y nos hace caer en la cuenta de que en nosotros también hay piedras que tiramos a los demás, cuando en realidad son nuestras.



